

# La precisión de la fiebre

EDUARDO SENAC



llantodemudo  
*narrativa*



# La precisión de la fiebre

Eduardo Senac

# La precisión de la fiebre

Eduardo Senac

**Eduardo Senac** (General Pico, La Pampa).

Fue director durante cuatro años de una revista literaria de su provincia. Dirigió un suplemento cultural editado semanalmente por el diario La Reforma, decano de la prensa de esa ciudad. Actualmente es co fundador del diario digital de cultura El Lobo Estepario y dicta en la Biblioteca de su ciudad un taller literario para escritores.. Sus libros anteriores son Instrucciones para ser un Quijote, El vals del duende, Satori e Imágenes de mundo que flota.

*Fotografía y diseño de tapa: Valeria Quiroga*

*Correspondencia con el autor: [eduardosenac@hotmail.com](mailto:eduardosenac@hotmail.com)*

**“El universo de esta noche  
tiene la vastedad del olvido  
y la precisión de la fiebre”**

**J.L Borges**

**Contra el mundo**

1) Es necesaria una literatura que prescindiera de los hombres.

2) Nos parece ver una unidad entre los dedos sobre el papel y el hombre en una silla que está apenas más atrás.

No hay asombro al percibir un escritor en su habitación. Una habitación en una casa. Una casa en una ciudad. Una ciudad en un mundo. Un mundo en un concierto, que comunica su incesante trama usando un papel, unos dedos, un hombre, una habitación, una ciudad, un mundo.

Las declaraciones de Dios están en todos los libros.

3) El primer beso es la inauguración de un nuevo episodio de nuestra vida, la puerta por donde la persona en cuestión ingresa a ese universo apretado, reservado, a ese selecto círculo de quienes nos han besado.

4) La única razón de la inteligencia es la búsqueda de la verdad, ya que en la verdad está también el amor.

5) El amor es lo que uno no es.

6) En el amor no es difícil sentirse mal. Cabe la duda, al punto que si ese amor nos abandona la vida parece terminar. Y quizás termine. Se piensa que cuando encontró ese amor recién empezó su vida. Y así es.

7) Tal es la potencia del amor, que el cielo y el infierno pierden eficacia ante su sombra. Digamos, la promesa del cielo se diluye si sospecháramos que allí no estará la mujer buscada. Lo cual nos da que el cielo tiene un efecto precario, pero el infierno ni siquiera merece el halago de ese calificativo: si la mujer amada



estuviera en los avernos, su propia presencia haría de ese distrito un lugar mágico.

8) Recordar esto: buscar una mujer que parezca un amanecer, aunque sea la noche. Debe ser un ángel o algo parecido, no puede ser menos.

9) El amor es una palabra que abarca tantas cosas que no sé si permite una opinión. En todo caso, no hay riesgo en decir que el amor es poco menos que una demostración de Dios. Borges piensa que el amor nos hace ver al otro tal como nos ve la divinidad.

10) “Yo levanté el muro que me ampara pero fue sin querer la torre que me encierra”. Impresionante síntesis de Olga Orozco para probar nuestra inocencia.

11) ¿Qué mundo es el tuyo Bartleby? ¿Acaso es el nuestro y no lo dices?

12) “Amamos la vida no porque estemos acostumbrados a vivir, sino porque estamos acostumbrados a amar”. A esta precisión de Nietzsche no hay nada más que agregarle, salvo que la disociación de ambas cosas es imposible, tanto que ninguna puede sobrevivir sin la otra.

13) En caso que una literatura se produzca y encuentre a su lector, lo usual es quedarse con un pasado pobre. Vale decir, que cabe preguntarse cómo se hizo para vivir hasta ese momento con tal ignorancia, sin esos párrafos, y si no será verdad que una nueva vida comienza cuando se cierra el libro. Es esa sensación de quedar repentinamente completo, y por

unos momentos creeremos saberlo todo. Eso dura hasta que nos dispersemos otra vez entre los días.

Sucede por caso cuando Samuel Johnson escribe:

“El que se convierte en bestia se deshace del dolor de no ser más un hombre”. Postulado que amplió Stapledon: “Siempre deseo volver a mi cosmos inferior, a mi propio mundo, humano y torpe, y a unirme con mi propia especie semianimal contra los poderes de Dios, sí, y contra ese tirano invencible, despiadado, indiferente, cuyos pensamientos son los mundos sensibles y torturados”.

Hasta que lo olvidemos, podremos mirar a cualquier hombre y jactarnos de conocer su futuro.

14) Toda la bibliografía de autoayuda así como sus legiones de súbditos, lo que hace es hipnotizarse a sí misma con postulados amables. Son ecos que se repiten sin una razón que los cause, y acaso Swedenborg los hubiera desaprobado en su ordenada teología. Un hálito que pasó por él pero que no era suyo, le hizo pensar que dos personas que se aman en la tierra forman en el cielo un mismo ángel. La sola fuerza de esta idea es insostenible para esos escritorzuelos.

16) ¿Qué instrucción puede recibirse en un taller literario? Me resulta impensable que puedan repartirse fórmulas para abordar la literatura. En todo caso pueden señalarse sólo dos recomendaciones: tirar a la basura cualquier intento narrativo si al terminar el primer párrafo no nos lleva a la pregunta ¿y qué sucederá ahora?; y en segunda instancia, hay que escribir como si fuésemos eternos, la gran recomendación de Rilke.

17) Tanto mejor será un libro si no adivinamos en dónde vive su escritor. Excepto que ese libro sea el “Hacedor de estrellas” de Stapledon, cuyo protagonista cruzó el universo y sus épocas.

18) Somos lo que buscamos.

19) Recordar esto: caerse hasta que el alma se haga una con las sombras.

20) No es que esté en contra de la humanidad, es nada más que no me gusta ver a la gente contenta o triste por razones equivocadas.

21) William Faulkner inventó el género para aquellos que escriben como si estuvieran soñando.

24) El poder la literatura fantástica y su abstracción es que sin hacer nombres propios puede tocar a todos los hombres.

25) Los rasgos circunstanciales de la literatura fantástica están puestos únicamente por amabilidad hacia el lector. En el segundo examen comprendemos que son artificios que se escriben esforzadamente, simples nexos entre las filosofías que nos quieren dar. Nos dejan la sensación de no saber exactamente lo que están diciendo, o mejor dicho, de estar muy lejos de esas descripciones. La prueba de ello está en sus vidas físicas, en su gran inhabilidad para desplazarse de un lugar a otro y en la extrañeza con que miran su cuerpo. Sus potencias están puestas en la visión de conjunto, en conceptos aéreos que sobrevuelan la realidad de las formas. Puede decirse, incluso,

que ellos casi no están aquí y que todo lo que ven corresponde a un símbolo.

Que no se sorprendan con ningún paisaje de por aquí no significa la pérdida de una capacidad, sino más bien la propensión a las arquitecturas celestes. Para sorprender a estos escritores hacen falta dioses y topografías invisibles.

26) A determinada altura de una persona Schopenhauer lo acierta todo, pero si ese hombre saca la mayoría de sus estrellas Schopenhauer no acierta nada.

27) En las avenidas oficiales de la literatura pampeana a los folcloristas se los llama escritores.

28) En los velorios está el patetismo social de la muerte, y no la muerte, todo lo contrario. Yo particularmente no voy a los velorios, pero cuando vaya será para rendirle loas a un hombre libre.

29) Todo el tiempo estamos buscando motivos para esclavizarnos, y nos sometemos al trabajo, al fútbol, a la limpieza, a las personas, a Dios, a las conversaciones, a la vida. Adicciones impostergables que hacen de cualquier droga un mal pasajero.

30) La exageración es la medida usual cuando se está enamorado. Y naturalmente debe ser así ya que el amor corresponde a la desmesura, es una cosa rarísima.

31) Todo es vida, incluso los sueños, sobre todo los sueños.

32) La existencia de Dios debería ser una conversación concluida en razón de su obviedad. Negarlo sería caer en la superstición del azar. En todo caso, lo que nos queda por saber por qué se decidió por nosotros pudiendo elegir el silencio.

33) Los enemigos hablan pero no veo a nadie a mi alrededor.

34) Los hombres somos parte del paisaje como perros en un jardín.

35) Es muy curioso que los periodistas, que tanto dicen amar la verdad, no tengan ningún interés por la teología.

36) La pasión es una de las virtudes de la literatura, pero no lo es más que la imaginación o la delicadeza. La emoción en cambio, debe estar disgregada en todas las páginas y brillando, así como la memoria sirve no sólo para recordar sino también para dar vida.

37) Que no me interese demasiado el cuerpo de Dios no significa que en ocasiones no me conforme con el espectáculo.

38) Dispongo de unos ojos que sólo pueden servirme unos instantes más.

39) La música está mucho más expandida que la literatura. No hay un solo hombre que no se apasione en defensa de su canción, pero son pocos los que defienden un libro. La razón es clara, sentir es más agradable que pensar, y más natural también. Incluso, hasta la ética depende más de una esfera sensorial que intelectual. Sí fuéramos elementales, si comprendiéramos que el instinto al estado puro es el consejo de Dios, le daríamos

mucha más importancia al primer segundo que sigue a cada hecho. Esa sensación instantánea que luego se diluye en el pensamiento es lo que divide sin error al bien y el mal.

40) Hablar mal del periodismo es tan fácil como hablar mal de las iglesias cristianas, y por eso mismo es necesario detenerse.

41) Yo no sé muy bien qué pensar de las personas que prescindan de la literatura. Quizás sean seres que prefieren existir en el espacio a estar condenados a la noche y su sustancia.

42) Espero que en el infinito no haya geografía ni cantos a la geografía.

43) Cuando me toque cruzar el charco de las almas, y cuando las aguas del Aqueronte se agiten para devolverme mi brazo y mi rostro difuso, quebrado, ahogándose en los reflejos, cansado por el esfuerzo de llevar los remos; y cuando llegue la muerte, ese personaje vestido de rojo que vendrá para llevarme a casa y no camine más por los parques de la humanidad, tendré en mente mi cartel de recepción: “Bienvenido al mundo de los vivos”.

44) El infierno tiene algunos defectos, y esos defectos son ciertas personas, y son ciertos libros también.

45) Pascal tenía la gran delicadeza de sufrir vértigo por el espacio astronómico. Miraba el infinito y se agobiaba, y él pensó que la vida es como una mesa de juego en la que se nos impone un destino, unas circunstancias, unos caracteres que no podemos eludir.

Esto quiere decir que el que juega es uno solo y a los hombres les toca la esclavitud. Allí precisamente comienza el trabajo del escritor, que es el de barajar y dar de nuevo a través de los libros que son, al fin y al cabo, arduos simulacros, souvenirs del mundo que debió ser, creando las reglas que nos permitan jugar de verdad el maldito juego.

El escritor es el único capaz de lograr su propia redención, crearse otro mundo para salirse de este.

46) Un ejemplo a este respecto: en un libro es mucho más fácil olvidar o despreciar a una mujer.

47) Estos tiempos no tienen nada de especiales. Las molestias de Sócrates fueron las mismas que crucificaron a Jesús y movieron la mano de Cervantes. El infinito dantesco pertenece al medio evo, el de Swedenborg al modernismo. Céline hubiese escrito en cualquier época su “Viaje al fin de la noche”, y Schopenhauer tiene la misma actualidad que en el siglo XIX. Homero, Voltaire, Borges, Arlt, Virgilio, Emerson, Tolstoy, Novalis, todos ellos son contemporáneos y se entienden perfectamente bien en los bares celestes.

En todo caso, sólo podría señalarse en estos días como desproporcionada la confusión entre la literatura y el periodismo.

48) Iván Wielikosielek refuta a Saint Exúpery: “Muchas veces lo esencial es bien visible a los ojos”.

49) Carlos Oña dice: “Cualquier ser con aparato digestivo no puede acceder a la verdad.”

50) Carolina Bibby dice: “Y la ventana. Miramos todo desde una ventana y desde ella el mundo es otro. La ventana del mundo de Pessoa, esa increíble percepción para tocar y ver el mundo infinitas veces diferente”.

51) Las voces de mis amigos se agitan todas las noches en los auditorios del sueño.

52) Poco tiempo atrás escribí para un libro de historia un artículo bajo el título de “Literatura amateur”, y hasta escuché algunos aplausos por allí. Vaya paradoja para una artículo que está mal desde el principio, como si la literatura pudiera ser amateur. Kafka escribió que hay un punto desde el que no es posible volver, y que hay que tratar de alcanzar ese punto. Ese es todo el profesionalismo que se puede adquirir.

53) Si todos estamos atados al universo, y si estamos vivos, es que nos atraviesa una misma cosa y nos teje el mismo hechizo.

54) El tiempo se encargará de igualarnos.

55) Todo habitante de este mundo tiene absoluto derecho a pensar en la salvación, como un modo subliminal de aceptar el infierno de las horas y su futura disipación.

56) Supongamos que el amor sea un alma repartida en dos cuerpos, como le hubiese agradado a Sócrates y Swedenborg. Sí, supongamos que sea eso y no otra cosa, que le resulte imposible ser menos. Entonces aceptaríamos cabalmente al amor como un tema para la literatura fantástica, algo que puede escribirse pero no hacerse, algo que puede concebirse únicamente en la



industria de la imaginación. Sin embargo esto no es ningún problema para el idealista.

57) Cuando me dicen que todo es muy simple no dejo de pensar que lo único que puede haber de simple son esas imaginaciones. Lo fundamental del mundo es su incomprensión.

58) Entre la lucidez y la desdicha hay una cortísima distancia. Pero es mucho más fácil ser desdichado por asuntos triviales, ya que la desdicha y la estupidez son la misma cosa.

59) El estilo de cada música es exactamente igual a su ejecutante.

60) Nunca pensé en ser derrotado, ni que nada de eso pudiera existir.

61) una de las grandes pruebas que encuentro respecto a la dificultad de pensar en la vida del espíritu, es la semejanza entre el amor y el sexo, o para decirlo con mayor exactitud, la interrelación que hay entre ellos y cómo dependen el uno del otro para que no se vuelvan aburridos.

62) El alma puede verse con facilidad en lo que hacemos durante el día.

63) Rezarle al espacio astronómico no tiene más metafísica que entrar en la noche con el rostro hirviente.

64) ¿A cuántos fantasmas habré visto ya cambiando de cuerpo porque dudaban de su existencia? Hay que ver la cantidad de nombres que recibe el amor.

65) Es importante estar ordenado cada vez que el mundo vuelve a su noche.

66) Todos somos inocentes.

67) Pessoa abdicó del amor porque comprendió que era un problema insoluble.

68) Cuando se encuentra detrás de una piel el infinito que buscábamos, y se lleva los sueños con su mano tibia, y como precisas nomenclaturas y efigies se puedan contar los números de la felicidad, recién entonces podrá sentirse que toda la vida anterior fue únicamente un viento. Y un viento que barre a los hombres.

69) Es inútil cualquier ensayo de objetividad. No somos de verdad.

70) Huir de uno mismo, ese gran deseo imposible.

71) Es del todo inútil intentar el pensamiento sin la imaginación.

72) Pensar no es más que imaginar ¿Cómo puede llegarse a los extremos de los tiempos, a las puntas del espacio o a un espacio redondo o interminable? Ya lo interminable no tiene forma y no cabe en las conjeturas ni en ningún otro movimiento de la

mente. ¿Cómo podemos anunciar el infinito si es imposible entrever sus líneas?

73) Los pensadores gigantes fueron todos hombres de imaginación. Platón no llegó por silogismos a determinar sus arquetipos, debió primero haber visto todo y a sí mismo en las horas del tedio, como estatuas que se movían imperceptiblemente para que no se note que se estaban llevando las manos a la boca.

74) Un escritor sin imaginación es un plagario de los días, de la tradición, de la época.

75) El desamor es que nos regresen a nosotros mismos. Por eso resulta tan desagradable.

76) Lo grotesco y lo sublime, lo fragmentado y lo entero, son caracteres que si llevamos una vida sincera pueden venirse a la cara de vez en vez.

77) No hay dudas, mis mejores días, con toda su predisposición, van a dar a los frontispicios de Kafka.

78) Si la humanidad es un fracaso, Dios también lo es.

79) Mi terrible virtud de recordarla, mi atroz práctica de verla y olvidar el mundo que le sigue a su contorno.

80) Para perderme en mí es necesario repetirme otros nombres.

81) La naturaleza es uno de tantos símbolos, es el cuerpo de alguien.

82) No hay ojos por donde el universo se mire y se explore a sí mismo, sólo hay hombres contando sus desdichas.

83) La literatura es una oposición al oscuro universo de los hombres. En este único sentido la de Lautréamont es también una literatura celeste.

84) El infinito no cabe en un diario. Se escucha hablar de “comprometerse con la realidad”, “conectarse con la realidad”, y hasta “escritores comprometidos”. Tales frases nada saben de los hombres y la historia que los sostiene, y no sólo que no dicen nada sino que además lo dicen mal. Los diarios nos informan los movimientos de superficie. En caso que alguien tenga la ocurrencia de saber lo que sucede en el alma de la humanidad debe ir a otras páginas, hacia Kafka por ejemplo.

85) El error de Hölderlin fue pedirle gloria a la materia.

86) Después de Susette Gontard de Hölderlin quedó sólo el cuerpo.

87) Hay que ver la suavidad de algunos colores, la tenuidad de ciertas luces, el reposo de la bruma crepuscular sobre los jardines de la noche y el día.

Los ánimos, las voluntades.

Todo eso aparece y desaparece, brilla y se calma, muere y vive con el ritmo del absoluto sobre las cosas. Este es el inalterable modo de ser del universo. No cambia nada que un callado sol subvencione a todos ni que una extensa noche oculte lo poco que vemos.

88) Es indispensable que haya dos almas al momento de salir al encuentro del infinito.

89) No sabemos muy bien qué cosa es el infinito, pero se intuye en muchos lados, en los rostros que se levantan en las noches afiebradas y que luego se van como dioses espectrales, como cosas que nunca fueron nada.

90) Dios no es mi problema.

91) Una voz venida a mi ventana, salida de las aguas de otro sueño, y que hable esta voz: la ley hecha para todos los hombres no es para ti.

92) Hay una metafísica agitándose en el fondo de cualquier pozo.

93) Si no creyese en ningún dios, en ningún devenir, perdería toda la libertad contra el muro de los días. Y yo no podría vivir así. Y luego está Einstein, que confirmó lo que pensaba Hermes Trimegisto miles de años antes: “somos energía”, y entonces nos condenó a la inmortalidad porque la energía se transforma, es imposible científicamente que se pierda.

94) El mundo es un error sin importancia.

95) Seguir naciendo entre los días, juntarse en sí mismo después de haber amado, reorganizarse después de haber dormido, ordenar teologías: torpes ensayos de fantasma que jamás encontraremos un cuerpo.

96) Está bien, puede ser que aparezca ese ser que me lleve hacia el sueño, pero incluso entonces el universo seguirá estando allí, impresionantemente.

97) El trabajo del escritor no es el de contravenir lo irrevocable, sino el conocerlo. Cavar la propia fosa con una pluma.

98) La vida es una agitación que se me dio equivocadamente.

99) Habla don Quijote: Muchos escritores creen que la literatura es traducir la realidad, pero si bien se mira, la realidad ya está escrita. El lenguaje también puede ser un organismo independiente que encuentra todas sus palabras en la imaginación.

Sin embargo, a mí no me importa demasiado esto. Desearía mi amada Dulcinea, eso sí, y considerando que la realidad ya fue escrita, que a mí me hayan anotado en la misma página en que tú estés. Y que el tiempo no borre las letras, nunca.

Pero si las manos del escritor se curvan y van hacia la noche, y si te evaporas, yo te inventaré sin importar la causa. Porque antes que bueno o malo, mi Dulcinea, el universo es asombroso:

Verás que la muerte no es nada, podremos reponernos.

100) Aunque el misticismo no diga nada o aunque nos lleve a la alucinación o al delirio, es el único estadio que puede conformarnos. Quizás porque lo nubla todo, porque nos aleja de la realidad mucho más que la razón. Y eso lo sabía muy bien Platón.

101) La literatura no puede hacerse más que sobre uno mismo.

102) Si nos revisamos la vida no encontraremos ninguna trama, sólo los vaivenes con que se va acomodando.

103) De común escucho decir que el ejercicio literario, así sea tomado con los ojos o con las manos, corresponde a una falta de vigor para la vida. Sin embargo, en primera instancia yo no sabría exactamente cuál es la diferencia entre una cosa y otra, y en todo caso reconozco una mayor intensidad en las desdichas imaginarias de Kafka que en mis vecinos.

De todos mis recuerdos los que menos me importan son los que ocurrieron en la realidad: la estatua de mis años crece sin mí.

104) No es que las palabras elijan irse hacia las manos por argumentos literarios o metafísicos, es que prefieren que estemos callados.

105) En cualquier libro encuentro no sólo vida, que es lo de menos, sino también un portero de librea.

106) La sola particularidad de una nube cambiando de forma sin testigos sobre unas montañas o sobre un mar, rompe la comunicación entre los hechos. ¿Por qué habrían de agitarse esas nubes, señalar la fugacidad del mapa celeste, si esos modos no tuvieron ni tendrán pasado en ninguna memoria, ningún espectador que las lea?

107) El reconocermé inhábil para la vida siempre me hizo sospechar que este no era un asunto de mi competencia.

108) La felicidad es el asombro.

109) Donde Camus y Pessoa tienen contacto: la vida no nos concierne.

110) El idealismo es la manera más elegante de hacernos dioses a nosotros mismos.

111) Recordar esto: no confundir los símbolos con la carne.

112) Las dudas son menos para responderlas que para soportarlas.

113) El amor debe ser algo que leí por ahí, algo en un libro.

114) Mirar las estrellas, buscar la profundidad en el cielo, estrellas y saludos, el reflejo de un gran espectáculo que guarda un mapa que se mueve.

Sí, pero en todo caso lo que veo es una gran imprecisión abriéndose paso en sus literaturas y en los paisajes mismos.

Siempre sentí un rechazo instintivo hacia las poesías imitativas, eso de pasar un árbol a una página, las dulces descripciones de flores y floreros. Lo poco de admirable que hay en el mundo está en la inteligencia y no en su cuerpo.

115) Poco me importan los movimientos de los hombres, y en todo caso me interesan como simples anécdotas. En más de una ocasión me sentí muy lejos de aquí.

116) Pocas cosas tienen tan poco valor como las palabras sin metafísica.

117) Me basta saber que la humanidad incluye a Borges para comprender que la raza no ha fracasado.



118) La muerte no es superior a la vida.

119) La exasperación del cielo mudo.

120) Nunca aceptaré la vida como un esclavo, ni sus leyes animales ni la autoridad de ningún dios.

121) Solamente puedo hablar en ciertos momentos, cuando pasan por mí los ojos abiertos y viene los minutos en que salgo del insomnio del día, cuando el aire vuelve a ser aire y se olvida de ser ese algodón que se nos adhiere y que le da un peso de niebla a la escenografía del mundo.

122) Un libro clásico es cuando cada lector cree que fue escrito para él.

123) Es el silencio lo que nos lleva al asunto al que estamos condenados.

124) Debe ser un extranjero el que busque la esperanza en este lugar.

125) ¿Y por qué existen los misterios?

126) No sé si los días se copian a sí mismos o es que así ven nuestros ojos de piedra, una cierta rigidez que no nos deja girar y ver nuestros cuerpos de estatuas.

127) Estar en desacuerdo con uno mismo, incesantemente.

128) Es por esos dedos encorvados por donde pasa el aire que estuvo al sol. Y yo sin decir nada, viendo los días como frágiles estatuas, sin recordar a cada instante que hay tierra y que hay sol, es decir, que mis pies caminan sobre algo que no se cae, y entre esta tierra y ese sol hay una brisa donde descansan todas las cosas. Y no es que no sea mucho, es sólo que quizás nunca pueda salir de aquí.

129) Creer o no en Dios es sobre todo un estado de ánimo.

130) La serenidad tiene derechos sobre la acción.

131) En la visión poética no deben participar los ojos. Cuando se mira es necesario anular el mundo.

132) El silogismo de base racional es como un caminante inquieto pero sin pies.

133) Cuando miro a la gente casi siempre veo hombres que han perdido su batalla interior. Cuando hablo con ellos, hablo con sus derrotas.

134) Cualquier esperanza requiere salirnos de nosotros, es más bien como un grito alegre que reclama lo que no tenemos.

135) ¿Cómo puede estar tranquilo alguien que no se asombra con el universo?

136) Donde Schopenhauer y Swedenborg tienen contacto: la razón y la intuición difieren sobre todo en que la segunda es más agradable, y eso es lo que hace a las mujeres adorables. Para Swedenborg, poseer la intuición da un rostro bello. En el

budismo zen la intuición es la expresión más alta de la inteligencia.

137) La realidad de los días lo único que hace es corroborar lo que estamos siendo. Es un espejo para nada difuso que nos dice que las grandes batallas son invisibles.

138) Podríamos estar muertos, ¿y para qué?

139) Voltaire escribe casi ingenuamente. El lector sabe desde la primera línea hacia dónde va el texto y cual será su fin, pero a ese fin sólo pudo haber llegado Voltaire.

140) En cualquier cara puede verse la historia de todos.

141) Si un libro carece de precisión, subliminalmente debemos entender de ese autor que la ensoñación y el recuerdo de todas y cada una de sus cosas se va escribiendo en otra parte o bien no se escribe.

142) Los sueños son propagandas, souvenirs de algún cielo.

143) Los cuerpos no son más que una condena visible.

144) Sí, otra vez, otra vez el desdén hacia los hombres y las cosas habituales.

145) Entonces pensé, no puedo ir contra el mundo porque ahora en el mundo está ella, aunque no lo parezca.

146) Y entonces nos dijeron: las reglas son lo único que tenemos.

147) Si hay algo que me produce temor es la analogía entre los libros de Conan Doyle y el universo. Las novelas de Sherlock Holmes tienen enigmas gigantes y fabulosos donde uno se pregunta continuamente por el próximo párrafo, donde uno quiere seguir, uno tiene que seguir. Sin embargo el argumento, el final de la trama, suele ser pobre.

148) No hay nada en el mundo que no sea complejo, hasta un átomo lo es. Toda la materia y los hombres están atravesados no sé muy bien por qué, por una misma intención diría, o por el Tao según Lao Tsé, o por los ritmos según Hermes Trismegistus.

Pero el punto es que el pensamiento de un objeto cualquiera del cosmos puede conducirnos a su visión global. Entonces ni lo primero ni lo segundo poseen la sencillez, sino una red minuciosa de minimalismos que se abrazan y dan el todo, que desde luego, no sabemos qué es.

149) Salí a la noche, como a las 10, me fui a casa adormecido en mi vagabundeo por una hoja. Y después lo de siempre, apagar la luz para no ver los muebles muertos, dejar que cante un rato Leonard Cohen y prepararme mi plato de arroz. Pensé: esto es lo que me dio el destino, un plato de arroz. Bellísima fotografía. Sí, pero también esa hoja de Pessoa donde leí “mañana tendré que levantarme otra vez a la estupidez de la vida y a su inmensa ternura”. De todos modos y a pesar de la paradoja, la mejor parte fue irme a dormir para olvidarme del ser y de los días, porque de momento puedo vagabundear por una hoja pero no por una cara.

150) Jorge Luis Borges escribió que Edgar Allan Poe inició un género (el policial, con el cuento “Crimen en la Rue Morgue”) pero ese género fue luego más importante que su obra. Suerte inversa corrieron el mismo Borges (artífice de una retórica muy específica e inventor del género conjetural) y Franz Kafka (reinventor de la novela psicológica), quien proyectó su sombra en Albert Camus. A Kafka le debemos la creación de una filosofía particular que por obra de Max Brod es ahora de todos.

Novelas como *El proceso*, *La metamorfosis* han suspendido en la incredulidad a lo afortunados lectores desde su creación hasta nuestros días. Estas dos novelas, más *América*, *la Carta al padre* y *La muralla China* son las páginas que lo proveen de eternidad. Pero cuando por ciertos ruidos adivino que la noche está entrando por la ventana, me repito esta línea como un mantra al día muerto: “Así será, sólo que será uno mismo quien esté allí y quizás después, con un cuerpo y una cabeza real, por lo tanto también con una frente para golpeársela con la mano.”

151) *El lobo estepario* es una compilación de anotaciones que refutan la precaria inteligencia burguesa, la historia de un hombre solo, y la interrogación perpetua de si nuestra personalidad está construida por un demonio o, como quería Malebranche, por Dios. Hesse acierta con efectos dictados por su dilatada imaginación. Construye y observa a un hombre que, para su asombro, parece un lobo de las estepas; que, para nuestro asombro, es un lobo de las estepas.

1877, 1962. Estas cifras principian y agotan a Hermann Hesse, a su vida y a su trayectoria, que abarcó sueños.

152) Siempre estuve en el extranjero y siempre me costó aprender el idioma de los otros.

153) La pregunta absoluta, con o sin Dios, es si se puede creer en el amor o bien en qué otra cosa se puede creer.

154) La llanura es el espacio donde se siente un vértigo horizontal, prólogo del infinito, y no el lugar donde crecen los caldéense.

155) La realidad es una superficie inadecuada para la profundidad de un hombre.

156) Si un hombre pudiera descifrar un solo mensaje divino, entonces ya no le importaría más su suerte humana, así esta sea la muerte o la vida feliz, porque ambas serían circunstancias despreciables.

157) Borges tenía enorme razón al pensar que debemos ser amables con los demás porque somos apenas fantasmas, o bien lo seremos dentro de poco.

158) Todos somos apenas fantasmas, un algo casi invisible sostenido vaya uno a saber por qué locura.

159) Borges podría haber prescindido de la vida y hubiese escrito igual.

160) Todos los argumentos ya fueron anticipados por la realidad.

161) Las literaturas se construyen de un modo atroz. Son fantasmas (y no amables fantasmas) de la imaginación que viajan desde lo figurativo hacia lo abstracto y luego giran, que

van desde los modos quietos del universo material hasta las inconstantes formas del mundo interior, recogiendo cada gramo de alma para arrojarlos a una página que está a punto de moverse, que se saldrá del escritor y que le será imposible regresar.

162) En Arlt, la fuerza es su belleza.

163) Arlt es un escritor feroz, sus páginas se pueblan con descripciones rípidas y populosas adjetivaciones, y hay un desequilibrio entre la contundencia visual y las formas retóricas. Sin embargo esto no tiene ninguna importancia. En conjunto, nos dan la sensación que estamos aquí por condena, y es en el capítulo *El humillado* de *Los siete locos* donde da su gran tesis de la naturaleza femenina. Allí y en todo lo demás, comprobamos perfectamente que los hombres son enemigos.

164) El existencialismo consiste en observar los detalles de la humanidad, pasearse por las ciudades y luego encerrarse en una habitación cualquiera, mirar el mundo quieto y en movimiento, y no tener absolutamente nada que decir al respecto.

165) Las influencias literarias lo que hacen de un modo indiscreto es, ni más ni menos, seguir escribiendo a través de otros.

166) “¿No hablamos sin cesar y a nadie?”, pregunta Camus. No, hablar es hablarse.

167) “No estando ya Dios en el mundo hay que elegirse un amo”, dice Camus. Y si bien lo pienso yo todavía no elegí ninguno.

168) Mis fantasmas tienen la gran habilidad de parecer más reales que yo. Esto no es de extrañar, nada impresionante teniendo en cuenta mi pobre disposición hacia la vida de los hombres.

169) Vi el cielo abrigado por una multitud de nubes, pero cerré la puerta y pensé: lo que no vemos desaparece.

170) El amor es tanto un imperio como una palabra acostada en un papel cualquiera.

171) Todo texto es una opinión del mundo, y toda ficción tiene porciones de realidad, con la diferencia que además de dar su juicio reclama circunstancias imposibles para la materia. Yo mismo, cuando escribí *El vals del duende* levanté sobre el escenario mis ideas, pero no sólo eso, que es nada, también traje a la vida algo que está muerto: escribí esa obra para escribir que estoy con ella.

172) A propósito de los monjes cartujanos: cuanto más se rechace al mundo menor será su comprensión.

173) El idealismo está definido por Locke: “Si la realidad no coincide con mis palabras tanto peor para la realidad”. Posiblemente sabía que la realidad es la falsificación de un sueño.

174) Yo no quisiera estar nunca en el horizonte y ver y escuchar cuando el cielo tiene obligadamente que tocar las infamias de los hombres.



175) A veces me descubro siendo una extensión de la imaginación arlteana, un personaje de sus novelas, una invención suya. La idea no me disgusta, pero sé que me espera la infelicidad.

176) Lo que Céline se propone en sus abultadas descripciones es poner en una misma tonalidad a su alma y la ciudad.

177) Paradójicamente, lo verdadero nunca es demostrable, excepto en los grandes libros, cuando una lluvia de ángeles cae entre prólogos y epílogos.

178) Según Swedenborg, las almas sin cuerpo siempre se dirigen hacia sus semejantes. Esto aprueba la sentencia que el cielo y el infierno son elecciones privadas.

179) La literatura, en especial el género narrativo, siempre está indicando hechos. Entonces también es válido escribir esto: no crucé la calle, no encontré el ángel, no viví.

180) Que la muerte exista equivale a que la magia exista.

181) La historia del infinito está en mi habitación. Allí se puede pasar una mano por el aire sin tocarlo siquiera.

182) Únicamente la falta de humildad puede hacernos creer que el amor es posible.

183) Vivimos como esos actores a quienes les es dado conocer sólo una línea por vez pero jamás la obra entera.

184) Borges muere en 1986, fecha en que el mundo comienza a apagarse.

185) En líneas generales uno debe evitar morir, por más evidente que esto sea. Es necesario esperar el destino de pie, la derrota constante. Pero nada de esto puede importarnos en caso que estemos escritos por Cervantes.

186) La revisión de las propias lunas requiere una doctrina muy exigente.

187) En el círculo segundo de la Comedia están Francesca y Paolo. Francesca cuenta la historia y repite que lo sigue amando, que no se arrepiente, pero eso en parte sucede porque en el infierno no cabe el arrepentimiento.

188) Como rueda uniforme gira el amor, que al sol mueve, y las estrellas.

189) Dice Browning: “Cuando nos sentimos más seguros ocurre algo, una puesta de sol, el final de un coro de Eurípides, y otra vez estamos perdidos”. Nada más verdadero ni más insoportable que enamorarse con el gran eco del fracaso como música de fondo.

190) ¿Me pregunto qué cosa seré esta noche cuando me acueste y los espejos del sueño me deformen?

191) Versículo en el Deuteronomio, capítulo 13: “No darás oído a las palabras de tal soñador de sueños.”

192) Escribir como si no estuviéramos aquí.

193) El principal argumento en contra de Dios es nuestra existencia.

194) Mi reino se parece más a pájaros borrachos chocándose en el cielo que a cualquier calle de cualquier ciudad.

195) El problema esencial de la esperanza es que es infinita pero la nada también.

196) Cualquier amor cuando llega a su altura, reviste una seria posibilidad de soledad o locura final. Pero de muerte no, la muerte no tiene ningún efecto en las cosas que amamos.

197) “Todo creer nace de una necesidad, por consiguiente de una carencia, y por lo tanto de un sufrimiento”, escribe Schopenhauer, porque la felicidad consiste en no necesitar nada más que aquellas cosas que ya vinieron con nosotros.

198) La suave pena de la luz crepuscular rodeando los cuerpos suele ser un gran vestido.

199) Los títulos son un género literario por sí mismos. Si se compilaran a través de un ordenamiento estético no podrían faltar *El ángel de la ventana occidental* de Meyrink, *Los crepúsculos del jardín* de Lugones, el *Viaje al fin de la noche* de Céline, el *Hacedor de estrellas* de Stapledon. El escritor nórdico tenía una imaginación tan voluminosa que conjeturar ficciones y libros le era una facilidad. Únicamente debía transcribir sus lúcidas ensoñaciones, de modo que era prácticamente un copista. Stapledon, de día, trazaba mundo incontaminados por la humanidad; de noche sonreía y alentaba su sepultura.

En ambos tiempos coincidían sus esperanzas.

200) Abrirse camino y lancear entre esta pestilente masa que llamamos mundo es el modo más certero de entrar en la locura, es como tratar de abrir sombras con las manos y sin nada de luz.

201) Antes de injuriar es necesario quedarse sobre la cama mirando la nada, incoherentemente. Debe uno abrirse la piel con las cinco agujas azules de una estrella. Debe uno observar el tedio tan detenidamente que la contemplación de las paredes se convierte en un cristal terrible. Debe uno desear desesperadamente un mundo de zonaciones y alas, inespacial. Debe uno detallar el fúnebre retrato de la noche. Después sí, debe uno despertarse rotundamente, como si un sueño nos hubiese dejado.

202) La vida es un momento de luz que retumba en la noche del mundo.

203) Todos los anuncios luminosos de la vida se ahogan en la corriente del Aqueronte.

204) Nadie puede decir con precisión si la felicidad y el amor son en verdad atributos humanos.

205) Cristo sería un extranjero en cualquier iglesia. Pero de todos modos está bien, en este mundo hay un dios y ellos lo están buscando.

206) En *El proceso* Joseph K. es inculpaado por razones del todo insondables. La condena demora y es, acaso, la propia acción de

ser juzgado sin saber por qué ni por quién. Vienen años oscuros de entrar y salir de oficinas que son, ni más ni menos, una metáfora de la opresión del mundo.

Joseph K. es gastado por un proceso sin lógica, y ése símbolo cae sobre nosotros.

207) Francesc Miralles quiso explicar a Kafka desde la psicología, suponiendo que las impresiones de segundo orden bastan para nutrir la genialidad, que son suficientes determinadas circunstancias en la infancia o determinado padre para narrar la *Descripción de una lucha*. “Yo mismo estoy compuesto de literatura, no soy otra cosa y no puedo ser otra cosa” es lo que le dijo Kafka a Felice Bauer o Milena Josenká, no recuerdo bien, pero eso es todo lo que necesitamos saber porque además es la verdad.

Si algo he sentido con intensidad en mi vida, y con mucha más constancia que cualquier amor o cualquier texto, es que el mundo es de orden kafkiano, un edificio de pasadillas y sueños que se turnan para darnos el absurdo, la sombra deforme e inexplicable de un bello cuadro. Miralles se equivoca, y Carlyle dice que la historia universal es un libro que debemos continuamente leer y escribir y en el que también nos escriben. Yo me pregunto a qué signo, a qué símbolo habrá correspondido Franz Kafka.

208) No sabemos cuántas veces Beatriz Viterbo fue vista en el Aleph, ni cuántas veces cortó una dama de noche con sus dedos tenues y sintió esos pétalos deshacerse como su retrato se deshizo en otras manos y otra voz. Indecible es la numeración de ese eco: “Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz querida, Beatriz perdida para siempre, soy yo, soy Borges”.

Si retumban en los tiempos esas consideraciones, otras tuvieron que hacerlo para justificar aquel momento. La palabra de un rey, las coordinaciones de sonido que produjo un violín en el siglo IXX, una guerra de tigres, el alto grito de un pájaro, Emanuel Swedenborg, la sombra de una madre selva, un dios retirándose, las páginas gnósticas que anulan al catolicismo, la página única en que Sócrates descifró la sentencia que nunca escribió y que arrojó al fuego, el Quijote dibujado por Picasso, el Judío Errante, el pescador de Hemingway, el futuro, los últimos encuentros, un nombre que se apagó en la memoria de una mujer, la sutil fuerza de llorar sin motivo, el viento cuando se aleja, el misterio de los naipes, los recuerdos desde donde no es posible volver, una ánfora etrusca, William Shakespeare, el antiguo rumor del universo.

Sabemos estas cosas, pero todas ellas son anteriores e injustificables por sí mismas, todas ellas nacieron para una literatura de 1949, fabricaron y fueron el mundo únicamente para que al final una dama de noche se deshaga en las manos de Beatriz Viterbo cuando ya estaba muerta, en la hirviente, insostenible muerte que replica el Aleph. Y también en la voz húmeda y espejada sobre un retrato que decía: “Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz querida, Beatriz perdida para siempre, soy yo, soy Borges”.

209) En ocasiones lo agradable de la noche es no saber qué hay en los rincones, desconocer esos objetos tapados por las manchas de la oscuridad, perdidos sin la definición de la luz y que deben esperar la llegada del día para que les devuelvan su contorno. Definitivamente la noche tiene eso, divide a lo que depende de una visión ajena de aquello que puede existir en soledad. Se trata de una simple diferencia de respiración.

Pero en todo caso para la luz faltaban unas cuantas horas. Dormía el día y su agitación había dado paso a las cavilaciones propias del sentido nocturno. Me senté sin prender la lámpara para no saber con exactitud donde terminaba yo. Me sucede eso, me cuesta muchísimo creer que la realidad existe una vez que entra la noche y comienza a debilitarse la animación de las cosas. En todo caso la división en ámbitos diurnos y oníricos es arbitraria, pero a mí me gusta estar rodeado por la noche y entrar en ella para ser anónimo, es un lugar mejor para mí. Como Joyce, pienso que un fantasma es alguien que se ha vuelto invisible por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres. De modo que está bien afantasmarse cada tanto, la invisibilidad es una buena medida de vez en vez si es que durante el día nos sentimos ridículos. Tenemos derecho a pensar que el sol atraviesa demasiado las cosas.

Ahí estaba y pensé: hoy habrá lo de todos los días, una noche venida del este. Puse un disco para que escuche un amigo, que de todos modos es la gran bienvenida que me doy cuando llego a mi casa al salir del diario. La tercer canción era el “Himno a la noche” cantado por un coro francés que hubiese jurado que estaba casi fuera de este mundo, que era cosa de ángeles. Y la canción corría y Gabriel Reinhard, sentado en el sillón de enfrente me dice sobre el final de las últimas voces salidas de las bocas invisibles de la noche, y como una conclusión que no espera respuesta: “es inútil, la humanidad no puede terminar bien”. Aún no sé por qué habrá dicho eso.

210) Rogar que la niebla no pase por debajo de la puerta y se adhiera a las paredes. Las manos irán a batirla y se perderán en la densidad. Ya no hay manos.

Hay que ir al otro cuarto, también vacío. Esperar los golpes que no se oyen. Golpes para nada porque entra debajo de la puerta,

y la ventana. Rogar el viento, aunque no hay vientos en las habitaciones cerradas, y la quietud del aire se ocupa con la bruma que avanza sin ruido.

Decir que no, mover la cabeza.

Aún otra habitación, más atrás. Aquí el color es oscuro y puede verse apenas la respiración de la niebla avanzando como un ejército sobre la silla en que descanso. Rogar tener los ojos bien cerrados y que no haya más curiosidad. No abrirlos. Recordar esto: no abrirlos. Pero el vapor de luna tiene sus modos y llega a la memoria, sobre el cuerpo.

Levantarse de la silla, dejar esta habitación y llegar a la próxima. Pararse sobre una cama abierta donde durmió alguien, una vez. Esperar allí, ya un poco cansado y sin maldecir la niebla que prospera por los rincones y alcanza lo que hay entre el techo y el piso. Rogar no impacientarse ni querer salirse.

Abra otra puerta más atrás, a su debido tiempo.

211) Debemos apreciar todos los gritos que salgan de un papel. Organizar un dolor es el ejercicio descarnado de la sinceridad.

212) Cervantes utiliza un símbolo porque la alusión es más eficaz que la expresión. La mayoría de las personas viven adormecidas porque el universo no los asombra, pero a Cervantes sí, y entonces él fijó la vista en el mundo y vio todo lo que pasaba. De modo que fue a buscar la esperanza fuera suyo y para encontrarla debió apartar a los hombres vulgares, que somos la mayoría y que estamos adormecidos, simplemente viviendo.

Cervantes sabía que Dios es que existamos y que nos salgamos de nuestra biografía, por eso forjó un símbolo que fuera contra esas personas y con una lanza para despertarlos.



Y hay otra cosa, que es la simpatía, la metáfora del Quijote vive en estos días porque todos simpatizan con él, en el fondo todos quisiéramos ser Quijotes, incluso los mercaderes. De algún modo lunar tenemos la sospecha que la virtud es esa, la lucha por la verdad, la lucha por el amor, la lucha por la nobleza, pero en tanto sigamos así, haciendo del mundo esto que vemos, el Quijote no podrá perderse y seguirá siendo señalado como aquello que debimos ser y no somos.

213) Si se trascienden los hombres y el tiempo estamos ante un libro clásico. Desde luego que para lograr la trascendencia hace falta ser un genio. Cada tanto escucho a la gente decir que aman la originalidad y por supuesto, tratan de ser originales todo el tiempo, acostándose tarde o sentándose en almohadones por ejemplo. Y les digo que no, que si quieren realmente ser originales que prueben con la genialidad, ya que, digamos, no hay abundancia de genios.

214) Cuando un sueño es común a todos y se pone entre tapas estamos ante un clásico. Un libro clásico es el sueño de la humanidad.

215) Dulcinea era una mujer que vivía en el Toboso, era una mujer fea, que estaba pelando papas, y don Quijote pensó que se trataba de una mujer hermosa. Pero esto fue únicamente a los fines del argumento, lo que Cervantes hizo fue abordar el amor como teoría, no como impulso. Y hay una cosa que demuestra que la ensoñación es superior a la locura, porque el Quijote llevó la infinitud de Dulcinea consigo, él la vio como una abstracción, se negó a ver su rostro, muchas veces más percedero. Luego él, cuando se sentía desdichado pensaba en ella, para perderse en la irrealidad repetía su nombre, él tenía

esa virtud, tenía la práctica de imaginarla para olvidarse del universo, hubiese dado exactamente lo mismo que Dulcinea llegara tarde a la historia, que hubiese llegado muerta por ejemplo. Pero eso no importa ahora, y yo pensé en don Quijote caminando solo en la noche, con la gente burlándose de él, ya vencido, y él yendo de todos modos, repitiendo el nombre de ella para borrar el mundo.

216) Cervantes fue contemporáneo de la inquisición y en ese entonces la literatura española era eminentemente realista. De modo que él tiene que buscar un soporte material para su ficción, y que además sea aceptado por esa época, entonces nos presenta a un loco, pero lo que tenemos es a un hombre que está soñando. Y Cervantes quiere que su sueño hable por él, por eso busca un ladero con quien conversar, y esa es la necesidad que justifica a Sancho. Sin dudas lo mejor de este libro son los diálogos entre ellos, y para que funcione mejor a Sancho le toca la estupidez, y así se crea un contraste notorio con la inteligencia de don Quijote. Esos son mecanismos que deben buscarse para que un texto funcione, y además entre don Quijote y Sancho se funda una amistad, una de las más grande en la historia de la literatura.

217) Don Quijote no estaba loco, es Cervantes que está soñando.

218) Algo que me conmueve aún más que la lucha quijotesca es imaginarme a Cervantes sentado ahí, trabajando su sueño. Cervantes era un escritor preocupado por los dibujos del destino, por las extrañas razones que construyen el futuro. Pero yo no sé por qué, siempre imaginé ese paso previo a la escritura del Quijote como el de un hombre que está volviendo de la

noche y que piensa para volver de esa noche, que podría mezclarse con la gente para depurar su resignación y cuando empieza a caer se deja libre a sí mismo, y empujado por su propio peso cae en espiral con la boca cerrada, los ojos fijos, el gesto adusto. Y en ese gran túnel sin luces se ven sin embargo manos abiertas que lo rozan y que significan un sostén. Sí, piensa, pero en todo caso sigue siendo preferible la caída. Cervantes pudo haber sentido eso, y para salirse de ese infierno, de la apariencia del mundo fue tejiendo un sueño en prosa.

219) De acuerdo a la leyenda del horóscopo, existen solamente 36 personalidades diferentes para repartir entre más de 3 mil millones de habitantes. Una inferencia más o menos eficaz me conduciría a sostener que casi 90 millones de personas, aproximadamente, llevan una vida exactamente igual a la mía; y lo que es peor, les espera lo mismo. Curiosamente jamás el horóscopo anunció alguna muerte, y ya sabemos que la mortalidad es una costumbre bastante arraigada en la humanidad.

220) Elogio del libre albedrío: mis indigentes ideas son exclusivamente mías; mis notorios ocasos, mis austeras porciones de realidad, mi gravitante irrealidad, mis magias parciales, mis misterios parciales, mi felicidad diluida; todo, todo es mío. Me niego a ser la representación de un cuarto menguante, o de un interlunio, o de la mudanza astral de turno. Es posible que el universo quiera pronunciarse. Pero sospecho que sus instrumentos no son las simétricas rotaciones de planetas indiferentes. Mucho más fácil es utilizar las almas preparadas para recibirlo.

221) Mis influencias son: la boca imbesada de alguna princesa inactiva, las torres de cielos que ojalá me esperen.

222) Nuestras vidas son como un cuento que todavía espera su trama.

223) La iluminación, sea lo que sea, debería estar libre de leyes, aunque si puede nombrarse un mosaico donde se apoye todo aquello que habrá de subir con o sin cuerpo, que habrá de flotar como los días en el tiempo, como aire en el mundo, como manos que saludan, sería el de conseguir la alegría sin causa.

224) La putrefacción general de la sociedad no puede empequeñecer al arte, tan luego que lo pequeño no puede afectar lo grande. Extraño sería que una civilización de ligeras nubes se remontara por los espacios cerrados de las tumbas.

Ninguna definición es posible en lo que respecta a las formas y procederes de la divinidad, en tanto que es impracticable mirar cómodamente como sombras, intentar las visiones como borrosas vaguedades que apenas si tienen espacio y tiempo en el ritmo de la existencia.

Sin embargo insistir en tales apreciaciones es lo que nos dará una mayor corporeidad en caso de adivinar el sentido correcto; y en caso de desistir o aún de equivocarnos, nos pareceremos cada vez más a esos fantasmas que van desapareciendo incluso para sí mismos.

Sería, digámoslo así, como balancearnos sobre una cuerda en medio de un precipicio. Acertar nos llevará a la orilla en que se remontan los paisajes interiores al igual que los soles del mediodía y alejarnos nos dará el infierno, mientras que en el fondo espera la vida de los hombres.

225) Sólo la belleza se sube a los sentidos como diminutos jinetes que jamás se caerán de los ojos.

El poder de observación siempre será parcial, pobre fundamentalmente, si la primera percepción viene de los ojos abiertos, con la mirada subida a las cosas como un jinete a punto de caerse, como una visión estrechada contra el mundo asfixiando hasta las piedras, que busca únicamente símbolos en los cuerpos en vez de buscar símbolos en los símbolos, que son todas las cosas.

226) ¿Por qué no pensar como Aldous Huxley lo hizo acerca de que este mundo bien podría ser el infierno de otro? ¿Por qué no admitir ayudados por la valentía y la sinceridad que no hay salida, que estamos encerrados sobre la tierra yerma, en un cuerpo, en unos ojos que no ven más que irrelevancias?

Entre los errores de la humanidad, quizás uno de los más perjudiciales haya sido buscar el amor, tan luego que el amor, como el silencio, no es algo que pueda encontrarse en el movimiento. De hecho, el amor vive en la misma casa de la quietud, en aquella región donde las manos y el aire no pueden distinguirse entre sí, que pasan su sensibilidad al igual que las tempestades por la cáscara de los océanos.

227) Entre la muerte real y cada hombre hay una espesa capa de sueños. En tanto ésta se adelgace se estará cada vez más próximo a la vida inanimada.

Una sensación definitiva sería la desesperación según Pizarnik, el no tener manos para regalar mariposas a los niños muertos.

228) Buscamos equivocadamente la vida de las luciérnagas. Muy posiblemente seamos almas en su crepúsculo, almas que están muriéndose.

Sería un error pensar en el amor como una avalancha, como una irrupción, como una masa de luz avanzando relampagueante sobre el vacío; ocupándolo, abriéndolo como soles en la noche.

El amor conlleva verdad y una de las propiedades de la verdad está en la lentitud con que cae sobre los seres.

229) Lo extraordinario de las novelas psicológicas opera sobre todo en cada uno de sus lectores, quienes encuentran a los personajes secundarios en sus propios alrededores, y al personaje principal lo hallan con gran facilidad en ellos mismos. Ciertas literaturas pueden ser fragmentos de tiempo que sacan al hombre de la materia, que lo arrancan de entre las cosas para finalmente devenir en cometas que cuelgan de las estrellas, que se suspenden sin juicio sobre el cuerpo del mundo.

230) Leer no es más que revisitarse.

¡Cuánto se ha hablado del camino, y qué atracción ejerce sobre las almas predisuestas a las biografías inestables, prontas a renovar todas las mañanas la promesa de una tierra prodigiosa en infinitos y destellos! De suerte que podría asegurarse que no hay voluntad que en un momento u otro no haya deseado hacerse al camino, y como viajero de la mirada se ha montado al igual que un jinete sobre las nubes de paso.

Tal camino, sin embargo, vive bajo los pies de todos los hombres, salvo que algunos lo llaman realidad y otros los llaman sueños, que en suma, es el mismo paisaje aunque mucho mejor decorado.

231) Minutos de la vida en que hay comunión entre las fuerzas invisibles y el mundo de las formas, un punto de contacto entre el cuerpo que camina y la sombra que lo seguirá hasta la noche.

Después vendrá la muerte, la entrada al sueño ligero, al silencio expansivo y vital, el derramarse sobre lo invisible hasta desaparecer del cuerpo y las memorias.

Cae de la sinrazón aquello de que el arte sirve como expresión ¡pobre concepto!, nada menos porque el infinito ya ha sido expresado y está viviendo: una parte como cosa y otra parte como espíritu.

232) Como dados volcados sobre una mesa, la naturaleza visible y la naturaleza invisible reposa sobre el mundo, y allí está todo, no hay más que eso. Lo que los artistas hacen es cambiar de estado las cosas, hacerlas tangibles, pero tales cosas ya estaban aquí, en algún lado, latiendo en su propia forma y sin necesidad real que nadie las toque.

El mismo trabajo, pero en su anverso, es el de la muerte. Lo creado y lo increado ya fue inventado. De hecho, a ese mismo proceso pertenecemos nosotros aunque no sepamos de momento que parte nos toca en suerte.

233) El arte no es expresión, y mucho menos la profesionalización de un intento tan artificial como ese. El arte, en realidad, no es más que la exhalación natural de aquél que está respirando.

Ninguna filosofía puede ser buena cuando su asentamiento es la lógica y porque a sus cornisas se llega únicamente por medio del análisis. De hecho, una vez allí puede escucharse a la nada cubriendo el espacio que sigue, extendiéndose como un eco que no encuentra correlato ni nociones del tamaño del cosmos, pero asimismo está claro que no nos habla del fracaso del universo sino apenas del fracaso de todo ensayo intelectual. Tan luego que si se quiere acceder con precisión a la vastedad del trabajo divino, es necesario enfrentarlo desde una posición

divina también, desde la porción abismal que se agita sangre abajo.

234) El dormir y lo que allí se hace, no es en verdad una pausa entre el día y el día, sino más bien un posarse armónicamente sobre la cadencia del universo.

235) Muy espaciado es el ritmo de los faroles, y poca cosa pueden contra las apariciones cariadas del abismo. Hay grandes charcos de penumbras que quedan expuestos sin que la luz avance sobre ellos, sin que la misericordia los toque siquiera con su mano suave para poner sosiego allí donde no hay más que vientos meciendo las cosas y la oscuridad, donde hay también sombras que se mueven torpemente hasta ser tragadas nuevamente por la noche.

Tal es nuestra existencia.

236) ¿Cómo podría un hombre despertar la verdad en los demás?

La vida en la ciudad parece amarrada por los cables que cruzan el aire; y no es uno, sino millones de cuerpos como estacas que se sostienen entre sí para una verticalidad comunal y débil, alumbrados por un sol sucio en una parte y por soles artificiales en la otra, que no dejan a los colores apagarse en las horas altas y arman la noche de juguete.

La llanura en contrapartida, es una respiración alargada que le da al día espejismos y llena la noche de luces vacilantes y presentimientos. Poco puede saberse de lo que hay allí: afuera espera el infinito.

Poco puede saberse de lo que sigue a las visiones, porque la extensión de la llanura es más que los párpados, se devora a los cuerpos y se impone por sobre las imaginaciones,



atravesándolas o tragándolas, al punto que cualquier hombre que quiera mantenerse en pie debe reunir todas sus potencias interiores hasta encontrar en las vastas regiones que prologan ese infinito, paradójicamente, el mismo paisaje que se desenrolla al igual que un ovillo cuando se cierran los ojos.

237) Nada que tenga existencia es inmutable en su forma y alma a la erosión del tiempo. Cada cosa y cada hombre conlleva en su intimidad la naturaleza de la disolución, el abismo final, y su corazón es el vacío.

¿Es que puede hablarse escépticamente con algún fervor?  
¿Puede alguien contentarse con la nada cuando ellos mismo están despiertos?

De cualquier modo, se trata de personas que no han podido saltar por sobre las psicologías y desean que su invalidez valga para todos. Es el mismo mecanismo de los revolucionarios sociales, que bien quisieran un mundo hecho a su imagen y semejanza.

Bueno sería preguntarse cuál es el peso de las palabras sin metafísica, de dónde provienen como para que haya que prestarles atención.

Buscar la existencia detrás de ese mecanismo, al modo de Krishnamurti, con precisión nos aproximará a una muy curiosa calidez subyacente en las palabras y en cada gesto que procede de ese universo. Una calidez donde el amor hace su morada y sus brazos son extensiones que nos mecen suavemente en la vida feliz.

Por lo pronto, un escéptico o un religioso apoyado en la iconografía y la salvación, está a una distancia tal del hombre libre como un presidente o un catequista puede estarlo de un niño.

238) Es muy posible que las extrañas puertas de la felicidad se abran, o al menos cedan inicialmente, cuando mejoremos nuestra opinión sobre las demás existencias.

Quien no puede sentir el amor emanado desde el silencio, quien no pueda sentir al silencio como un colchón sobre el que reposa el mundo, debería abstenerse de toda opinión, en tanto que tales consideraciones llegarán desde la superficialidad, aun cuando se trate de grandes escritores, de grandes filósofos, de todo artista cuyo fin, cuya tendencia a la abstracción y al símbolo provenga desde el ruido del énfasis.

239) No hay paraíso si no hay silencio.

Por educación debería entenderse el enseñar a los niños a escuchar los dictados de sus propios impulsos como organizador supremo de la vida presente y por venir. Oír sus insinuaciones, sus almas, como para que vayan sabiendo qué es lo exacto.

En modo alguno es descabellado suponer que, quitando la luminosidad para guiar que tuvo la madre de William Blake por caso, quien no permitió que su hijo fuera a la escuela, no hemos tenido hasta aquí una formación semejante. Y en un sentido más amplio, podemos caer en la cuenta que hasta aquí la historia carece de civilización y cultura, si es que la educación es la piedra basal donde habrán de apoyarse los pasos espirituales de los hombres.

240) ¿Acaso el sol no brilla sin discriminar a ninguna de las criaturas que se revuelven bajo sus pies? ¿Acaso no lanza con la misma fuerza sus rayos sobre los hombres erguidos y también sobre los que aún duermen el sueño del mundo? Nada es más de todos que su luz, nada es más democrático ni tan parecido al mecanismo de la muerte.

Escribir puede no ser más que un acto de benevolencia para con la periferia de las cosas, para adornarlas, para dejar allí una ventana, y también puede ser un tobogán para las horas adormecidas. Pero escribir bien requiere ciertamente de una fuerza que atraviese el estado de las cosas y del tiempo, que lo aleje a uno de los talleres literarios y las congregaciones; y fundamentalmente, que derribe el muro entre el inconsciente y la percepción de superficie.

Vale decir, mantenerse en pleno sueño aun en la cuadratura ajedrezada del día; vale decir, sostener enhiestos los ángeles interiores bajo el temblor de la luz física; vale decir, pasar de lo inhumano a lo humano, de lo intempestivo a la frescura de un poeta que se relea no sin cierto asombro.

241) Todos somos pequeños pasos que se miden por centímetros en la infinita vía de la conciencia, y quizás no será una gran parte, pero nuestra inexistencia dejaría a Dios sin pies. Posarse sobre la verdad no debe ser menos delicado que una breve respiración encrespando ligeramente la piel del agua, pero ese movimiento será a la vez terrible: si estamos viviendo equivocadamente, y si el error continuo es apenas perceptible, entonces dar con la verdad será encontrar la blanda agitación de lo que en nosotros sueña, y al mismo tiempo será tan estremecedor como ver una vida imposible de ser tragada por las bocas siempre abiertas de los cementerios.

242) Yo podría creer en todas las revoluciones sino fuese el odio su motivo.

243) Si la historia del mundo continúa regida por sistemas doctrinarios con sus múltiples procederes para legislar la vida comunal, entonces el fracaso está asegurado, en tanto que los

sistemas son más propicios a las jerarquías y sus dibujos que al hombre.

En otras palabras, el sistema sería como una fuerza que desea dirigir los movimientos del brazo, pero que no razona sobre el alma y su organización.

244) Tal es el fracaso del mundo que cuando alguien habla de revolución todos piensan en deshacerse de los capitalistas.

Si las palabras no están espiritualizadas no valen nada, mucho menos las palabras de la literatura.

245) La victoria consiste menos en vivir según la propia voluntad que en ser un elegante pensionista del infinito.

En el gesto del escritor que no está escribiendo puede verse el retumbar de ecos afiebrados entre las paredes claroscuras de sus palacios interiores. Ecos que vienen desde la otra vida, de todas las ansiedades que necesitan ser domadas entre los párrafos para trucar una monstruosidad en un ballet de letras que pueda comunicar a un tiempo el incesante infinito. Ecos que vienen de la vida invisible, bostezos de la noche que buscan su hoja, para escribirla, para remontarla como un cometa entre los vientos de la tarde.

246) Con el dolor no se puede hacer nada, ni crear a partir de él ni cambiarlo por tranquilas imaginaciones. Tan sólo es posible ordenarlo como un cortejo fúnebre y dirigirlo a la muerte del tiempo, cárcel invisible donde se depositan todas las cosas.

La realidad es, desde luego, una proyección, es lo que hace nuestra psiquis cuando sale a pasear, así como claramente una película es algo lacónico que luego se ve sobre la pantalla.

247) Lo que se encuentra en la realidad ha sido previamente hallado en la imaginación.

Asomarse al abismo es necesario, como también lo es plañir sobre él. Pero eso es todo. El abismo no puede jamás ser un atractivo, sino una prueba de vuelo para desenvolverse mejor entre las estrellas.

248) Tan variados son los matices del dolor que hasta parecen distantes uno de los otros. Sin embargo, si hay una cosa que procede y llega de un mismo abismo esa cosa es el dolor. Nada se asemeja más a la caída y su único lujo aparece cuando comprendemos que ya no pueden existir malas noticias para nosotros, cuando a fuerza de excavar en el subsuelo entendemos que ya no puede haber nada más esperando en la profundidad y que de algún modo extraño lo hemos encontrado todo.

Ningún cuerpo es tan fuerte como la llanura. Cualquier hombre puede pararse delante, pero si el paisaje saca sus potencias, podremos sentir el poderoso boceto que vive de fondo meciéndose tranquilamente así como el cordón del horizonte se balancea sobre el borde del mundo.

Esa gravitación le asaltará la espalda y se subirá a como de lugar a nuestros ojos.

En la ciudad, sin embargo, el entrelazamiento de cuerpos edifica una pared lo suficientemente espesa y nauseabunda como para anular cualquier percepción respecto a la suave emanación de la naturaleza

249) El cielo de noche es también una llanura como las de por aquí, una depresión del paisaje para que las vidas sobresalientes como estrellas puedan presentirse aun en los ojos ciegos.

Si el arte es una sensación tan misteriosa que ninguna definición puede ofrecer un conocimiento cabal de sus propiedades y mucho menos alcanzarlo, es que su presupuesto no es común a los hombres sino a Dios.

Es en el construir y en el destruir cuando los modos celestes se expresan, y de los que viven aquí abajo sólo los artistas verdaderos pueden asir tal movimiento. En las almas vulgares en cambio se traduce como buena o mala suerte.

Pero la diferencia de categoría general entre Dios y los hombres hace que en la mayoría de los casos el proceso de la destrucción dure más de lo necesario, e incluso que hasta se transforme en un ademán agradable.

250) Una de mis felicidades privadas es la de advertir mi respiración y también el sístole y el diástole de la naturaleza, que son la noche y el día. Así como entrar en conversación con mis imaginaciones es un placer comparable al gran coloquio del insomnio y también al sonido del mundo cuando no están los hombres.

Lo correcto ante todo y ante todos es el sentido de empatía, de disolución del yo y por lo tanto, el hacer que nuestros límites no se terminen en las manos o en los ojos. Empatía aun por las cosas más difíciles por las cuales se pueden sentir empatía, como una piedra, o el optimismo. Pero antes de llegar a eso existirá ineluctablemente la fricción.

Los pensadores aborrecerán todo aquello que pueda ser tocado por la luz física, y lo harán porque necesitan la introspección para armarse, sabiendo que no son una creación propia. Los artistas por su parte, estarán en el buen camino del arte cuando por ejemplo una canción fea les duela del peor modo, cuando no sean indiferentes a ella y les traiga la incomodidad.

Y aún antes de eso, como aguas sedentarias vivirán los hombres vulgares, pudriéndose en unos cuerpos de los que no podrán salir.

251) O Dios es muy pobre o el sentido de los hombres se ha apartado de un modo tan anárquico que bien podría pensarse que están desarmándolo.

Somos niños en el exilio: breves personajes de tiempo que fuimos narrados con absoluta magia en el país del cuento, allí donde hay estrellas pegadas a la noche y muchas otras flotando en los espacios interiores de las almas incipientes. Pasado nuestro capítulo, todo intento de ficción queda fuera de contexto, sobre todo la sagrada sensación de estar hablando con alguien más.

252) Niños en el exilio: cierta inocencia perdida en el laberinto de la nada y las estrellas.

La extrañeza de estar viendo todo el mismo paisaje y que cada cual recorte a su propio modo la puerta en el aire por la que ha de entrar.

Y es raro también que siendo el mundo una representación de mi interior, haya personas con pies de plomo y también personas reales como esos tipeadores del absoluto que para llegar a una página deshojan múltiples voces hasta dejar hablando a la que susurra.

253) No sabemos si otras especies se aburren, aunque es posible que el tedio corresponda a una posición intermedia, es decir que no puede aparecer cuando la imaginación está ausente ni cuando está brillando entre cosmogonías.

El conocer al detalle el abc del alma humana y manejarlo como cartas entre los dedos tiene, más allá del horror, la ventaja de

elevarse por sobre el ataque inconciente que cada persona lanza en cada una de sus relaciones. No por evasión, por el contrario, porque permite intimar con ellos y a la vez envolverlos desde una fría distancia.

El mismo método sirve a la naturaleza: todos podemos sentirla, pero pocas cosas son tan indiferentes para ella como los hombres. De hecho, en nada nos precisa para vivir.

254) Las dos cosas que menos pueden ensuciarse están lejos de los hombres: las nubes y los sueños.

Las literaturas son tan pobres como la mayoría de los hombres en tanto no lleguen a la ansiedad o al silencio. Si no dan con esas dos formas de la contundencia no serán más que una tibia intención perdida entre el estremecimiento y la flotación, entre el movimiento de existir y las mesetas del intersticio, entre el temblor y el entresueño.

255) No es tan difícil saber cuándo estamos ante la presencia de un gran libro, aunque para comprobarlo basta con cerrarlo.

El modo de ver no debería ser el que empleamos usualmente, que sin dudas necesita de parpadeos. Es indispensable progresar con la mirada, espiritualizarla, sostenerla bajo hechizo para que no se disgregue ni se esfume entre las cosas, para que no se resbale ni sea invisible.

Mirar como si agarráramos un viejo tejido harapiento y con sus hebras hiláramos rostros nuevos saliendo de la muchedumbre. Mirar hasta arrancarles los cuerpos a la gente, hasta dejarles el alma temblando al desnudo como luces pobres en las calles vacías.



256) La visión debe llevar manos, debe ser manos, debe asir al mundo que recoge y devolverlo algo más despierto luego de haberlo arrullado.

No hay ninguna dificultad en levantar un castillo sobre el aire del mundo, porque en cierto sentido no hay otro modo posible de vivir más que en el reino de la imaginación. Es esa condición lo que hace respirar a los días y a las noches inflándolos como globos hilarantes. De no ser por esta circunstancia veríamos que las cosas están muertas y que nosotros mismos no somos más que vidas semovientes sostenidos por hilos de araña, por delgadas hilachas desflecadas en los telares del infinito.

257) Pero también el infinito es cosa de la imaginación.

258) El cuerpo es parte del alma. Es una de sus caras, otro de sus aspectos. Con la muerte, a su debido tiempo, perderemos un gesto poco agraciado para ganar otro que se parecerá con mayor precisión a la vida.

259) Uno de los problemas es que el día humano no se parece al día de la naturaleza.

La paz no es construcción, contrariamente a lo que se piensa de ella. La paz es más bien el deshacerse tranquilamente hasta formar parte de las legiones de viento que marchan esparcidas por la tierra envolviendo todo a su alcance, pero asimismo con la suficiente fuerza como para mover el agua o las hojas, y aún a los seres que salgan a su paso, a pesar del cuerpo de espíritu y los brazos de aire.

260) La paz sería el dejar en reposo y hacia lo inanimado a cada una de las partes que no se parecen a Dios.  
Es difícil llegar a la creación porque la rodea el abismo.

261) Mi tema es el alma humana, y también lo que la literatura puede hacer con ella. Y al respecto he pensado que la necesidad de literatura es sólo un puente que al cabo ha de cruzarse hasta alcanzar aquella región donde todo es amor en cierto grado; es decir, un estadio donde la imaginación deja de inflamarse y decrece, olvidando su intención de reformar la vida al punto de perder toda su voluntad y dejar así el terreno preparado, limpio de sueños y variaciones, para que la sensibilidad absoluta se pose sobre cada ser y cada cosa que tenga registro en la superficie del mundo, abriendo una percepción superpoblada de infinito y soplos de beatitud y ternura arremolinándose por entre las exhalaciones de la vida.

Entonces, al igual que flores en su primavera, nuevos habitantes se levantarán sobre los antiguos, muy a pesar de que conserven sus caras y su torpeza.

**Para el hacedor, todas sus visiones poéticas son  
verdaderas y eternas,  
sobre todo durante los primeros  
cinco minutos después de haberlas escrito.**

## Satori

Viértete como la luz,  
que se esparce sobre las cosas,  
que se apoya pero no puede asirse.  
Disgrégate como el río que sale al mar  
o como las cosas que se regresan a la tierra y  
se confunden rápidamente con su antigua casa.  
Corre como las nubes,  
que ya casi no llaman la atención.  
Respira como el cuerpo de la naturaleza,  
que sostiene sin percibirse.  
Balancéate como la noche en las manos de los artistas.  
Encadénate a la vida como el collar de los días.  
No uses máscaras.  
Es mejor que no te vean.  
Huye de ti mismo por tus propios poros y quédate en el aire.  
No tengas peso para la gravedad.  
No llares ni por la boca  
ni por los ojos.  
No mires.  
Trepas con el sol y cae con él.  
Disípate como las sombras al mediodía  
que más tarde alargan sus manchas buscando  
la noche,  
que viajan contrarias al crepúsculo  
hasta dar con el abismo.  
Duérmete como esos lentos ruidos que  
se apagan cuando nos acostumbramos a ellos.

Duérmete como las palabras, cenizas del silencio,  
que se hacen fuerte en el que calla.  
Sé plural como la lluvia.  
Sé invisible como el sueño.

## La torre de Hölderling

Tus besos cayeron en una cara que según dijeron, no existía. Pero a esa cara viajó Diótima saltando los siglos griegos hasta establecerse en Susette, la mujer que te dejó con tus antiguos y extraños símbolos para que te inicies en la oscura demencia. Sí, oscura. Porque el carpintero que trajo la piedad y construyó tu último edificio, olvidó espantar esos apretados cuervos negros que formaron la opresión de tu larga noche. Y hasta en los sueños (el lugar donde parece haber más espacio) te aplastó el mundo. Los burdos casilleros no son el mapa del tiempo, no alcanzan a contar todos los infinitos momentos que fueron los treinta y seis años de tu torre. Quieto en la ausencia, encerrado, tu voz nombró como nobles y reyes a las visitas. Ellos supieron y se apenaron de tu locura, acaso sin saber que el verdadero claustro fue la desdicha, el arte, y en ésa cárcel que rompe los ojos, cualquier otra vida es la de un rey.

## Sin puentes en las manos

Inundarse de uno mismo  
cortar los puentes de mis manos  
y escuchar, nada más, el río en las venas.  
Borrar los muebles, el aire, clausurar las paredes y  
deshacerme de mí,  
vivir sin saberlo.  
Salirme de una vez de los sueños reales,  
fugarme en la ceguera y los mares de silencio.  
No, en la ceguera no.  
Mejor es ver como se empujan la oscuridad y la luz,  
y sentir a ese extraño que viene a buscarme.  
Callarme a mí mismo,  
que el silencio me lleve al asunto al que estoy condenado.

## Intersticios

En las caras que son más fáciles que las palabras,  
también en mi muerte a los diez años.  
Estás en las cartas para llevarse a la boca.  
En la debilidad de las opiniones,  
en las madre selvas  
y los falsos horóscopos.  
En la acústica de los párrafos  
y en los silencios, sobre todo.  
Vives en la geografía del día y los bordes de la noche,  
en cada piel de cada cosa,  
y en los ayeres.  
En el curioso oficio de las piedras.  
En todas las versiones de la muerte:  
una mariposa en el tablero de una colección.  
Esperas en las biografías,  
en los pasados desconocidos,  
y en todo lo que será.  
En lo que no existe,  
y las ventanas.  
En Cecilia durmiendo, diciendo todo  
lo que es posible decir de este mundo.  
En las canaletas con hojas secas,  
en los colores que aparecen y desaparecen.  
En las mitologías y los mapas internos,  
en las procesiones.  
En Irlanda y los cuatro puntos



los cuatro vientos.

En la nieve,

en el sol que la quema y asimismo en las  
cosas que entre ellos están y las atraviesan.

En la presencia constante de la muerte y que continuamente  
olvidamos,

pero también estás en ese olvido.

Y en cada intersticio.

¿Qué cosa eres Tú,

que vives en todas estas formas?

## El momento

Ni la atroz geometría de un romance  
con sus iguales conclusiones, ni la  
belleza del procedimiento con que ese  
amor trabaja sus idénticos principios  
pueden solventarse a sí mismos, existen,  
apenas, para ser parte de una trama.  
Ni los colores ni el azul, ni el sol, con  
todos los seres que sin luna subvencionan.  
Ni las descendencias ni las estrofas de los  
imperios, de los poetas, de Macedonio.  
Ni el improvisado beso de un Ángel  
ni esta deficiente práctica del diablo.  
Nada, ni la espada o el libro, ni el  
griego, su teatro o su esclavo. Nada.  
Como antes escribo: ni siquiera ella.  
Todo es una parte de mi enérgico  
laberinto, una vana acumulación  
de memorias y procederes, de imágenes  
que serán una cuando la estratagema  
se cierre en ese otro compilatorio  
y terrible momento, que no se anuncia,  
pero que certeramente sé que vendrá.

## 14 de junio

Ni tus manos ni tu cara pueden dibujarse:  
el contorno y la firmeza son para los otros.  
Sus calles no son tus calles y sin embargo te  
pierdes entre ellos. Impresionado y con espanto  
le das paso a cualquier mirada que te busque  
mientras vas hacia occidente, a elogiar la  
muerte de otro día, la debilidad de un  
viejo sol que ahora le da oro a las murallas  
de piel que te sostienen, apenas, entre ellos.  
Allá vas buscando ese occidente, para ver  
las llamas que lanzan, no luz, sino la tiniebla  
visible que antes vio Shakespeare, una tarde.  
Viajas al crepúsculo vertido en la cintura  
de un mundo de tiempo que no es el tuyo.  
Piensas, no sin extrañeza, que ahora te corresponde  
el cansancio. Baja el ocaso para que te  
acuestes y no escribas. No necesitan ellos  
tu invenciones, y en la oscuridad que traen  
los párpados se agita el último auditorio  
que te escucha en el sueño. Un aire tibio llega  
hasta tu frente. Atrás de ella está el universo.  
Pero es la tarde y la ausencia es tu máscara.  
Te ignora el espejo que apenas devuelve  
tu imagen: la desdicha te está borrando.

**Miren:  
ese brillante puente hacia  
todas las cosas es su cara**

## Ejercicio sobre libre amor

Una sola casualidad rompería el universo.

Ella (aunque no lo hizo), me dirá que las circunstancias tienen estructuras inviolables y que en caso de que me quiera será para cumplir mejor con disposiciones escritas en el aire y porque esa es la suma de nuestras existencias. En fin, lo que nos corresponde. Supe que ya no deseaba blasfemar contra el azar, de todos modos una tarea inútil. Además no puedo proceder contra el mundo porque ahora en el mundo está ella. Pero no demasiado. Digamos que esa ventana que está ahí es toda la porción de realidad que recibe.

La ventana es agradable especialmente al declinar el día o durante largas horas si estamos en el otoño, aunque la luz sea menor. Desde allí puede verse sobre todo un jardín. Sin embargo yo no me sé el nombre de las flores que viven en el patio interno y que respiran silenciosamente y de espaldas, si es que ello les estuviera permitido, a las paredes que les dan abrazo. Supongo, aunque nunca estuve allí, que el cielo debe verse cuadrado desde sus pobres alturas de flores. Es posible que la perspectiva desde el cielo sea recíproca. Asuntos sin interés, sin embargo.

En todo caso, mi costumbre habitual es ella y luego caminar por este pueblo que tan ruidoso se ha puesto últimamente. Furia para mis amigos, que según ellos, es porque no hay nadie a quien querer. Cada vez que me detengo en una esquina, cualquiera sea, es para cavilar sobre esa opinión, por más que los vecinos detrás de sus persianas me crean en posesión de una larga rareza que me lleva al ridículo. Quizás estas calles anchas

confirman de algún modo esa desolación: nadie a quien querer. En cuyo caso, poblar las horas es un trágico ajedrez de intentos y distracciones, demasiado evidente desde atrás de sus persianas. Empero en mí vive ella, y por otra parte, sus ventanas son muy diferentes de la mía.

En la habitación, además de la ventana y las reverberaciones del jardín que llegan a través, hay una biblioteca que no dura demasiado, aunque ella se sigue buscando en una de sus páginas que según creo ya la encontré. Sé que es mejor callar para no señalar el libro ni la página y piense mientras tanto que el autor multiplicado es infinito y que no es Borges, o bien, que Borges vale tanto como cualquier otro. Entonces cuando su fragilidad recorre el pueblo junto a mí y ve las inconveniencias de la realidad, yo debo abrazarla sin que lo sepa, para que no avancen sobre ella los muchos velos de este espejismo.

Anoche fue que caminamos. Vimos a un tiempo la tristeza persiguiendo a las gentes como asimismo las breves y violentas convulsiones de la juventud, vimos como todos ellos entraban a un laberinto de juguete buscando los nidos de luces que los enceguecían y se desplazaban por el territorio de la insignificancia, para volver de él con la misma indiferencia. Vimos motores gritando sus espasmos, tatuajes, el suelo de una plaza cubierto de pisadas que se apoyaban completamente en el mundo, el aire de esa plaza cruzado por músicas rápidas, el desconuelo de mis amigos porque ninguno de ellos dejaba en paz al silencio, a la vida, vimos minutos en que se agolpaban los ritmos frenéticos en los rostros hasta que perdían sus rasgos más notables y armaban una ola anónima de caras iguales. Pensé que en cualquiera de esas caras podría verse la historia de todos y Cecilia se estrechó junto a mí con una tristeza insondable que le tomaba la boca, y luego comenzó a darse al temblor como el borde del fuego. La sombra deforme de esas

vidas llegó hasta nosotros y procedí con literaturas, pedazos de frases, tuve que devolverla a la habitación con ventana. Se acostó despacio, perdiendo de vista la lóbrega cuerda del horizonte. Luego fue debilitándose su animación mientras le murmuraba en sus proximidades la primera parte de “Ejercicio sobre libre amor”. Y aunque ella ya dormía, yo sentí la populosa gravitación que me retenía en su mismo espacio, un lugar donde fácil fue notar los silencios que fueron creciendo en su cara pero no en su boca, obstinada en decir las palabras de su sueño que yo, no sé por qué, no podía escuchar. Dormía, pero aún en su mano abierta buscaba algo entre la rareza del aire de esa noche, y yo, yo no podía saber nada respecto a este punto, si era algo que buscaba o simplemente una negación expresada desde una capa muy notable de su existencia. Pensé: ojalá que lo que busque sea mi mano.

A la mañana siguiente caminamos otra vez por el acceso nuevo del pueblo. Un sol redondo, tremendamente redondo, viajaba en su ruta única hacia el alféizar del mundo, y de a poco fuimos viendo la peregrinación de árboles desfilando hacia la ruta, y asimismo hacia los límites del pueblo que morían tragados por esa boca de asfalto y esa ruta que llevaba a otra parte, tal vez para siempre, y por la que ella iría a viajar algún día.

Hablamos, y Cecilia giraba su cabeza de continuo para mirar con curiosidad palabras que le gustaban. Y muy bien sé que de todas las realidades que atravesamos estando despiertos, esta era una que ella aceptaba y que la alejaba de la tristeza, aun cuando estábamos hablando de tristezas y de las cosas que nunca pasan.

Al regresar, dos vecinas conversaban agitadamente.

Esa conversación me devolvió a la calle y mencioné las penas obligadas con que el Conde de Lautréamont fue haciendo su único libro, “Los cantos de Maldoror”. Y esas penas lo

fueron tomando de un modo tal que su sola posibilidad literaria fue la diatriba, el escarnio, una prosa por demás colérica, quizás como ninguna otra, pero detrás de ella podía leerse la angustia. Recordé y callé un breve ensayo que había escrito tiempo atrás sobre Lautréamont:

“... Sabemos además, que toda poesía es una expresión inmediata, pero que los mundos que la rigen son distintos a la imperfecta realidad. No nos es posible conjeturar en que época ni con qué significado se revelará el poema; no depende del poeta, ni de nosotros. Cincuenta años después de publicado fueron necesarios para que el universo lautremoniano incursionara en éste, y aun así, la mera refutación del hombre esconde una operación (como corresponde a toda literatura) mágica. Salimos tan asqueados y avergonzados de la humanidad que no nos queda otra salida que hacer el bien.

Una vez derrocado y corrompido el frágil velo de nuestro presente, es fácil suponer la reunión de un comercio de ideas desdichadas que florecen en boca de Baudelaire, de Almafuerde, de Nietzsche, de Artaud, de Lautréamont. Ellos son el ejército, y marchan sobre el estremecimiento del vasto salvajismo de la noche. Del otro lado viven los que rehuyeron a la tempestad y los que contaron las euforias del sol, o al menos rimaron con el día. Whitman antes que nadie, Godel, Racine, Francis Bret Harte, Hölderlin, cada tanto. Muchos críticos se han encargado de ellos y creyeron ver una enfermedad del espíritu en los primeros. Y sin embargo bien sabemos que hay sueños y pesadillas, hay lágrimas y dioses, mujeres y desesperanzas; que todo, olvidémoslo o no, gira bajo la órbita desmesurada de la poesía, a veces con la indecisión de la belleza, otras con la precisión del infierno. Todavía hoy se cree que no hay lucidez



en la obra de Lautréamont y que Los cantos de Maldoror corresponden a un acceso de demencia.

Esto es falso. No hay nada más organizado que la locura de un escritor.”

Entonces ella dijo que su cara habrá sido gris. Después me preguntó a qué cosas yo le tenía miedo. Aproveché ese momento para observarla con el pregusto del sueño en la mirada, continué viendo y vi los árboles soplando sus sombras cada vez más lejos, vi el sol disgregándose a través de las ramas hasta dar con el suelo de un modo mucho más pobre de cómo daba en su cara. De a poco, el aire fue espesándose para los demás, como si cansara fue abrazando todas las cosas y llevándolas hacia la inmovilidad, incluso al tiempo, atándolo a la cadencia de las piezas de museo. En esos minutos quietos la conversación de al lado se convirtió en un rumor uniforme e insondable, y en ese estado muerto del tiempo y el espacio, los pasos de Cecilia que seguían y la sombra de esos árboles eran el único moblaje del mundo. Sólo en mi interior se producía otro movimiento que se agolpaba en mis sienes como una marea, y dije: “A nada.” Vista desde un costado y a pesar de ello vista contra el cielo, pude comprobar no sólo su retrato y el resto de su bellísima naturaleza, sino también el recorte de un perfil que viaja más allá de su cuerpo, disfumándose como una imaginación, como una órbita que impone su gravedad suavemente, y que construye a su alrededor una visión borrosa que modifica las perspectivas una vez que se ha entrado en esa sujeción. Y de inmediato, vi una extraña niebla que iba apretando mi propio cuerpo y que llevaba mis razones hacia la esperanza. Tal era su fuerza, y pensé en lo pavoroso que sería su ausencia después, mis ojos se habían acostumbrado a la maravilla. No sé por qué se me cruzó la imagen del pensador de

Rodín y sus ideas de piedra, y yo repitiendo su posición y en algún punto las ideas petrificadas, y sería a la noche, con Cecilia a mi lado, y entonces lo que pensaba se organizaría en una suerte de ilación fabulosa dirigida por sus ojos ensombrecidos de tristeza, pero de orden para mí.

Sobre el final del día y en la habitación, a un margen de la ventana estaba entre la media luz y otros libros “Los cantos de Maldoror”. Lo toqué y tomé su peso entre mis manos, pero eso no era lo que yo quería hacer. Me movía esforzadamente y me dije que no era necesario que sus letras vean el aire. Ya sabía lo que en ese libro estaba. Fui, también incoherentemente, hasta la ventana y pensé:

Lo que te mató fue la vida,  
Lautréamont.

Los asesinos fueron ellos,  
los que necesitan ir a dormir para tener sueños.

Ellos son todos.

Amontonados pájaros negros que crean la noche en el día,  
tal es la oscuridad que alumbran.

¿Pero qué eras tú, Lautréamont, sino una nada  
probándose la máscara de un hombre,  
una débil región de esplendores en oposición?

Por eso tu muerte.

Queda demasiado débil el que le pide a dios que le muestre  
un hombre bueno y no lo ve.

Entonces,

en Maldoror se fue escribiendo la tarea final de tu conciencia  
y tu rencor de sílabas,

se fue construyendo el único aire que podías respirar,  
levantando el imperio que te encerraba.

Pero ese país de páginas fue demasiado frágil,

también,  
para las legiones y las hordas de los que duermen sin saber.  
Pronto derribaron tu cuerpo:  
es una asesina la mujer hermosa que no te ama,  
y que no conociste, todo lo contrario.  
Entre esa y otras penas, seguir resoplando fábulas,  
ver los mares como un gran  
moretón en el cuerpo de la tierra.  
Sin embargo nadie puede abrazar al alba  
y en esa imposibilidad están todas las demás.  
¿Para qué seguir reprochando a dios su mala imaginación?  
Es igual a la de los hombres.  
Sus alientos son sombras que discuten,  
opacas y dolientes luces que se devoran a sí mismas:  
absurdo creer en esta realidad.  
Por eso no se puede vivir con ellos.  
Por eso se sabía que no íbas a quedarte a esperar la muerte,  
Lautréamont.  
Una gran tristeza da la libertad.

Cecilia estaba detrás de mí sin interrumpir mis cavilaciones.  
Impresionantemente tomó el disco de Mercury para que corra  
“Ejercicio sobre libre amor”. Entre otras, esa era la distancia  
que me separaba de Lautréamont, yo pude ver la maravilla y  
desde allí, edificar una nueva teoría de un universo amable que  
me aprobaba.

Luego ella salió un momento, quizás para dejarme solo,  
quizás porque sabía que esa canción no terminaría jamás y que  
yo podía ver desde la ventana una media luna palideciendo  
increíblemente cerca del cielo de noche, en silencio, apenas  
como un único faro que guía a las almas en esas horas en que  
cualquiera puede perderse, como un testigo de ojos abiertos

ante la historia de la humanidad, y que acaso habrá visto cada vez con una resignación mayor. Observaba nuestras vidas como una feria y ahí estaba yo, o para decirlo mejor, estaba ese algo nuevo que soy ahora sobre la ventana. Claramente yo era un aire tibio hundido en un cuerpo que casi no reconocía. Sintiéndome así, como un paria, un extranjero de mí mismo, es como me he sentido mejor, mirando con la indiferencia que facilita el hecho de estar muy atrás, en un territorio inalcanzable para la mayoría pero no para ella y que se deja llevar impasiblemente por los pies. Desconozco cada parte de la piel que habito, y cuando otros me hablan, sólo veo sus caras y sus movimientos y pienso: ¿a quién le estarán hablando? Yo viajo entre las gentes por inercia, entre pensamientos inmóviles que de una parte a este tiempo están detenidos en Cecilia. Soy nada más alguien que mira, un ojo suspendido sin juicio para nadie, alguien que se contenta con el espectáculo del mundo sin participar. Lo demás es para los otros. Yo no lo quiero. Y en esas horas de quietud en que la lluvia comenzaba a arreciar sin obligarme a cerrar los viejos postigos de madera astillada, mi memoria fue convirtiendo sus pedazos, armando la imagen final que unía sus puntos uno a uno y que avanzaba desde un fondo hasta llegar a la más notable definición: el rostro de Cecilia se agitaba como un temperamento en la oscuridad de mis párpados y así seguiría, hasta el futuro, habitando mis progresivas dinastías de sueño. Yo nada más tenía que seguir ese rostro y dejar que se unan esos sueños y los días. Al este, olvidada, la media luna por primera vez representaba un orden comfortable que se orquestaba con la vida. Y allá, mucho más allá, supuse los sentimientos que harían brillar los ángeles de Swedenborg. Recordé un pasaje:

“He visto palacios en el cielo tan espléndidos que están más allá de cualquier descripción. Sus pisos altos brillaban como si fueran de oro puro, y los inferiores como si estuvieran hechos con piedras preciosas. Cada palacio parecía más espléndido que el anterior, y lo mismo sucedía con su interior. Las habitaciones estaban engalanadas con adornos tan magníficos que no pueden ser descritos con palabras y que no se ajustan a nuestros conocimientos en artes y ciencias. En la parte orientada al Sur había jardines donde todo resplandecía por igual, las hojas parecían de plata y los frutos de oro, con macizos de flores que con sus colores creaban la sensación de un arco iris. Dentro del horizonte visual había otros palacios que enmarcaban la escena. Así es la arquitectura del cielo, a la que se podría considerar la verdadera esencia del arte, lo que no es una gran sorpresa, puesto que el arte nos viene a nosotros del cielo.”<sup>1</sup>

Luego pensé particularmente en ese jardín donde yo mismo iba a predisponerme al entresueño, quizás amablemente y con la paciencia que da el cansancio, pero tenderme al fin adormecido y sentir el preguiso de mi propia ausencia, liberado de todo ensayo, quitándome de encima y de una vez el peso del universo.

Sí, y sería por ese entonces un algo invisible y abandonado, movido apenas por la marea del viento sobre el jardín, con un oleaje de flores entrecruzándose y silbando sobre mi sueño pero no a mí, sino más bien a la suavidad con que entraba la tarde y sus callejones de otoño que irán tomando todas las cosas hasta darle crepúsculo a los rincones. Por unas horas, por momentos, todo quedaría en una oscuridad espesa vertida sobre ese jardín

que impedirá también el paso de los presagios, algo así como una tregua, una carga de estrellas, hasta que un nuevo alba las borre y yo me levante y camine sin importarme, sin peso, como ya dije, mirando las calles y lo que en ellas hay, las literaturas, los patios internos, la cara de Cecilia, que está muchas veces en mi memoria.

---

<sup>1</sup> “Del cielo y del infierno” (CLXXXV, 209)